



PORQUE SÍ

2007

INDICE

<u>Jarabe para la tos</u>	5
por Hilario González	
<u>La película interior</u>	8
por Lucía Arambasic	
<u>El espectáculo (1^{ra} parte)</u>	14
por Gustavo Zini	
<u>Botellas</u>	16
por Federico Merea	
<u>Amantes</u>	20
por José Luis Pascuet	
<u>Aquello</u>	22
por Alejandro Güerri	
<u>Cara</u>	25
por Nadia Hardy	
<u>Baygón</u>	29
por Camila Scorticati	
<u>Elecciones</u>	31
por Fernando Aíta	
<u>Salido de cuajo</u>	32
por Pablo Innocenzi	
<u>Espá</u>	41
por Laura Kaczer	
<u>En 25 de mayo y 3 de febrero, del otro lado</u>	45
por Mariano Cerrutti	

Ilustración de tapa:

Mariano Cerrutti

Jarabe para la tos

Reacciones adversas: En pacientes sensibles pueden observarse sedación, somnolencia, alteración de la coordinación mental, espesamiento de las secreciones bronquiales. Los antihistamínicos producen potenciación de la de-presión de sistema nervioso central con el uso simultáneo de barbitúricos y/o el consumo de alcohol.

(Prospecto del Jarabe Benadryl)

Un nuevo pedazo cae de mi pulmón. Se escabulle en el fondo del inodoro y se pierde como el monstruo del lago Ness. Una burbuja de aire se atora en mi garganta, la fría cueva húmeda, desabrida, pegajosa. El eructo suave cavernoso, pausado, resuena como un trueno. Tormento de mis pasiones asustadas, aparece la tuberculosa niebla, una niebla de polvo mojado que envenena el aire. En la madrugada se esparce mi vida y continúa derramándose, aun cuando estoy de pie contemplando con lastimosa parsimonia mi rostro enfermo, demacrado, pulcro. Después de las quinientas toses, una convulsión arrojó un excremento, un pedazo de musgo arran-

cado de mis entrañas, aquel monstruo que se escabulló. Esa masa verde, gelatinosa, caliente y humeante por fin sale del fondo del inodoro donde se había escondido. Con algo de dificultad, se para en el borde del mueble del baño y me habla en un idioma que no entiendo. A pesar de todo, resulta tan clara su expresión que comprendo lo que me quiere decir y entonces le suplico que todavía no, que no se vaya, que no me deje así con la garganta seca de palabras, los ojos llenos de niebla y el corazón agitado, sin saber por qué debe latir. Y en esa expresión, leve, sombría, curva, entre el más allá y este mundo, salta a mi regazo y me acaricia. Si alguien viera la escena desde una distancia prudencial creo que consentiría en pensar que la imagen de la ternura se ha apoderado de los dos. Es como si estuviera sosteniendo a una mascota agonizante, a un cacho, un cachito de vida que no valiera nada. Un suspiro, su respiración lenta me transmite la sensación que es la última vez que lo hace. En

su cara, que se ha formado con partes más duras que ha hallado no sé por dónde, se puede ver la esencia de una muerte transfigurada, un cielo todo negro cubierto por una manta de desilusión. Y finalmente muere en mis brazos. Yo me quedo con el pedazo de mis entrañas, muerto, comprendiendo de inmediato que se me ha ido la vida, que lo que acaba de morir en mis manos es la parte fundamental de toda persona. Así que me arrastro en silencio a mi almohada, a tratar de conciliar un sueño perpetuo, un sueño claro, cálido, colmado de miel, bendiciones y mirra. En ese sueño, desde un obelisco dorado que despide una lluvia de cencerros dorados, surge un mensaje que sugiere una agónica esperanza. Es un mensaje en todas lenguas del universo que se comprende muy fácil porque sólo dos cosas pueden salir de ese obelisco: cencerros de vida o rayos de muerte. Aliviado, tomo uno de los cencerros y lo hago sonar. Al mismo tiempo se ponen a sonar los otros. El ruido es tan

pero tan fuerte que me despierto de ese sueño y caigo en otro. Más complejo, turbado y confundido por el pesar, ruedo en un lecho de barro cocido, una cama para hacer adobe. Me disuelvo y paso a formar parte de la mezcla de tierra, agua y paja que un hombre amasa con su azada y otro con un azadón. Por allá otro me rasca con un rastrillo y otro me acomoda con una pala en un molde rectangular, en varios moldes rectangulares, y descanso al sol hasta convertirme en cientos de ladrillos con los que habrá de construirse una capilla en un pueblo ignoto del Norte, en el siglo XVII o algo así. Luego me cubren con estuco blanco y quedo formando parte de las paredes que son testigos de bautismos, confesiones, casamientos, asambleas y juegos sexuales prohibidos. Y ahora que el tiempo ha pasado y ya no se dan misas en esta capillita, vienen turistas alemanes, suecos y españoles y se recuestan contra mis paredes, contra mí mismo y fuman unos cigarrillos que despiden humo

raro y se sacan fotos y se ríen y se van, dejando dos pesos en una canasta y así, siendo un muro de una iglesia perdida me aburro como un condenado durante siglos y siglos. Y ese es mi castigo. ¿Y ese es mi castigo?, pregunto sentado en la cama, sudoroso, confundido, revuelto entre las sábanas que se apiadan de mí y se enroscan en las piernas transpiradas y me sostienen así arriba de la cama y no en el piso. Y escucho como un eco el grito enfurecido: y ese es mi castigo, y ese es mi castigo, y ese es mi castigo... Suena un timbre. Agarro un arma, un hacha que estaba sobre la mesa de luz y corro a abrir la puerta. Una niña pequeña me quiere vender algo y yo le arranco la cabeza con el filo del hacha más justiciera. Ya quisiera que me la arranquen a mí, le grito. La cama transpirada me abraza y me envuelve entre toses, sábanas, bronquios tapados y la respiración sibilante que se enrula en un cable delgado y no termina de satisfacer. Ya no se aguanta más. Quiero pedir mi última

voluntad y me es concedida. Pues entonces, que me arranquen la garganta y se la den de comer a los gatos y que me rallen los pulmones con virulana y detergente y me saquen la podredumbre de una vez. Así será. También me dicen que puedo pedir por los demás y digo: al hijo verde que se escapó de mis pulmones llevándose mi vida le deseo lo peor, el destierro en una capilla del Norte aterrada en las noches en las que el diablo se pasea buscando pecadores, que nunca suene el cencerro de su vida, que el vástago oxidado se quede trabado, encarnado, hecho hueso y, si se puede, quiero que quede atrancado en la cañería para que se lo mastiquen millones de cucarachas y ratas bubónicas. Así será. ¿Y la niña? A la niña que perdió su cabeza, le pido perdón, estaba cansado de toser.

Hilario González

La película interior

—Rocío

—¿Qué?

—

—¡¿Qué?!

—Voy a preguntarte algo un poco extraño, bueno, no sé, quizás a vos no te parezca tan extraño, no sé... ¿Vos alguna vez, cuando te dan ganas, te imaginás colores?

—¿Cómo colores?

El tren tras la reja, vías contra las ruedas, una y otra vez, golpeando. Todo el silencio tiembla en los oídos.

—Como si vieras luces y matices, gestos, caras —las manos gesticulan en el aire a contraluz. El tren comienza a frenar. — No sé, momentos.

—¿Qué? No te escucho.

—¿Ya llegó tu tren?

Manos blancas moviéndose en la luz. Muy blancas, transparente, dando voltere-

tas. Sangre púrpura en las venas abandonan. Rostros empalideciendo lentamente, dilatándose. Pupilas celestes viendo. Pintura roja estallando contra una ola. Salpicando, desperdigada en el aire, hundiéndose en la espuma.

Etcétera.

Hay una curva extraña de todas las cosas que se me mete en el pecho como una lagartija y me remueve la sangre con la cola. Y así como los ojos que miran fijo hacia el sol al cerrarse ven manchones de color palpitando en la oscuridad, el ojo interior también mira hacia una luz que no sé dónde está, y al cerrarse de toda realidad alrededor surgen imágenes fugaces que aprietan los sentidos y tiemblan en los contornos inexactos de la imaginación.

En las tardes libres me gusta contemplar el jardín desde el zaguán. El sol cae lentamente sobre las hojas, descubre y envuelve el verde del claro al oscuro. Mi

madre dice que debería encontrarme un pasatiempo, no es sano que una ande sola por ahí todo el día, sola sin hacer nada. Quizás tenis, o mejor natación, que es muy buena para la circulación. Pero cuando atardece en el jardín los bichos vuelven raudos a sus madrigueras subterráneas, embotándose entre sí, negrísimos, fugaces. Y también prestar más atención a las tareas, que el boletín apenas pasa del 6. Hay una humedad helada en el aire, y un rocío fino mojando las plantas (de los pies). Sería bueno pasar un poco más de tiempo adentro, en la casa, que la abuela se acuerda cada vez menos de la cara de la nieta. Después pierdo el foco; las luces de la noche me encandilan la cabeza y voy viajando, me alejo un poco hacia una fiebre rosa, hacia un ensueño... ¡Todavía seguís acá! La abuela siempre me interrumpe. Ya es hora de comer.

Carlos pretende ser un amante docto. Con protocolo trae flores y chocolate,

rígidamente me deja entrar primero a todas las salas, e insinúa su mano alrededor de mi cintura al pasear por la avenida. Yo lo besé en la boca una vez. Su boca es babosa y resbaladiza. Intenté pensar en otra cosa, pero la lengua no me dejaba concentrarme, era como un renacuajo histérico moviéndose en mi garganta y me perturbaba el paladar. Después fuimos —creo que Carlos se puso contento; cuando me volteé, me pidió que lo mirara y me abrazó—, fuimos al parque, uno que está plantado con naranjos y jacarandaes cerca de la peatonal. No lo pude evitar, se me abrió el tragaluz del ojo y me empecé a chupar todo ese lila que caía de los árboles y los ojales blancos de las naranjas. Los colores me estaban sulfurando las venas; se me inyectó un temblor en los pulsos y un buquebús naranja que viajaba por el río bajo el puente, con un nene al que le cuelga un brazo del barandal.

—¿No es hermoso?

— Sí, es hermoso.

No miraba los naranjos, me estaba mirando a mí. Eso me irritó, ¿no se da cuenta de los pétalos lilas que flotan en el aire? Carlos tiene el alma miope. Le corrí la cara, pienso devolverle sus flores.

—Ella es tu prima Amelia —un escarabajo acaba de tropezarse y quedó boca arriba justo encima de un hormiguero.

—¡Todavía estás acá, Amelia! ¿No tenés nada que hacer? ¿Por qué no les vas a tocar el timbre a las Masone a ver si quieren venir a tomar la merienda?

—Creo que no están —mueve las patas bastante frenético, las hormigas están empezando a salir de su guarida.

—¿Cómo te fue en el colegio?

—Sí —quizás consiga darse vuelta, se sacude en la tierra (tiene por única vista sus patas tambaleantes contra el cielo), pero las hormigas ya achican las distancias.

—Es una pena que no hayan podido conocerse de chiquitas, ¿no?, teniendo la misma edad y todo... pero es que tu madre

se mudó tan lejos... bueno, en fin, ahora tienen la oportunidad de ponerse al día, ¿no?

Un empujón mas y las aplastás a todas.

—Amelia. ¡Amelia!

—¿Qué?!

—Ella es tu prima Rocío. ¿No te acordás de que te dije que iba a venir a visitarnos desde Sante Fe? Llegó hoy a la mañana cuando estabas en el colegio. Va a quedarse un par de semanas con nosotras. ¿No estás contenta?

—Hola

—Hola —es linda, pero se viste raro. ¿Dónde esta el escarabajo? ¿Se escapó?

—Bueno, me voy a ver si la comida ya está lista, ustedes charlen.

—Mirá, ese bicho se está escapando de las hormigas —un dedo señala firme y estirado hacia el piso. —Ja, ja, corre muy gracioso.

—¿Vos también estabas mirando ese escarabajo... ¿cómo te llamabas?

—Rocío. Ajá, lo estaba mirando.

—¡A comer!

—¿Entramos?

—Vos andá yendo, yo ahora voy.

Los pasos de Rocío entran en la casa y cierran la puerta.

El escarabajo sigue huyendo. ¿Llegará a su madriguera? ¿Los escarabajos del jardín no quieren ayudarlo? ¿No *lo ven*?

—¡A comer, Amelia!

—¡Ya voy!

Las hormigas siguen avanzando, son demasiadas, busca un hueco entre las plantas por el que escabullirse...

—¡Amelia!

—¡Voy!

Blanca, muy blanca, leche pura sin cuajar derramándose sin rumbo, estallando contra el piso. La risa de Rocío se dispara por todos los rincones, deja un rastro gusto azúcar. Yo ni las miré. Le hice un chiste a Rocío para que se ría muy fuerte y me reí más alto por encima. Ni las miré, qué cara de indignación se les escapó. Pa-

saron las gemelas Masone con sus raquetas de tenis por la puerta del jardín. Y siempre que pasan me miran y se ríen entre ellas por lo bajo, pero esta vez no pudieron.

—¿Ellas no son tus amigas?

—No.

—Ah, seguro que son unas estúpidas —Rocío siempre dice lo que piensa, aunque no corresponda. —Yo también tenía unas amigas así en Santa Fe, unas estúpidas, digo —y cualquier cosa le dispara la lengua.

—¿Por qué?

—¿Por qué tenía esas amigas?

—No, boba, por qué eran unas estúpidas.

—¡Ah!, es que el novio de una de ellas se enamoró de mí, y bueno, ¡¿qué culpa tengo yo?! Obviamente que la chica se puso en mi contra, y la otra se puso de su parte de tarada nomás —se muerde el labio y pone los ojos en blanco.

—¿Y vos qué hiciste?

—Me acosté con su novio, qué iba a hacer.

—¿De verdad?!... Mirá vos.

Rocío volteó la cabeza al costado y me miró fijo.

—¿Y vos, Amelia?

—¿Yo qué?

—¿Vos tenés novio?

—Ah... ¡sí!, se llama Carlos.

—Pero no te viene a visitar —sigue mirándome muy fijo.

—Mmm, no... Porque está muy ocupado ahora.

—¿En qué?

—En asuntos, es que sus asuntos lo ocupan mucho, ¿sabés?, pero ya va a venir, vas a ver.

El día pasó y el sol empezó a caer. Pasaron las gemelas otra vez con su polle-rita de tenis y su raqueta. Yo ni las miré. Me miraron, se miraron entre ellas, se rieron por lo bajo. Rocío tiene razón, son unas estúpidas. El sol se cayó un poco

más, empezó a hacer frío. Llamaron de la casa.

—¿Entramos?

—Vos andá, si querés, yo voy en un rato.

Los pelos de la nuca se erizan como el pasto con el rocío de la noche. Gotas bordó caen sobre estanques transparentes, los sapos saltan desde el costado y las cazan en el aire con la lengua. Después caen al agua y se van nadando hasta la orilla, terminan de deglutir las gotas y croan potentemente. Rebotan entre las plantas y

—¡Entrá, Amelia, hace frío!

—No, en un rato.

— Dale, que ya va a estar la comida...

¡Amelia!

—¡Bueno, ya voy!

En la puerta del jardín estoy con Carlos. Rocío pasa distraída y nos ve, ahora no le queda duda de que tengo novio.

Otra vez la boca resbaladiza.

—Carlos...

—¿Qué?

—¿Vos ves lo extraña que se ve la luz a esta hora? Como celeste y gris a la vez, muy fría, aunque hace calor.

—¿De qué estás hablando Amelia?

—No sé, me pareció que se veía muy linda.

—Vos sos muy linda.

El beso baboso. La lengua me tapa las palabras.

Rocío se fue en su tren hoy. Fuimos y volvimos rápido, pude llegar al jardín antes de que baje el sol.

Una flor blanca contra el color azul

—Amelia —mi madre asoma por la ventana.

Baila en círculos y sus pétalos caen en el aire.

—¿Qué?

—¿Vos no ibas a ir a ver a Carlos hoy?

El centro de la flor queda desnudo y es amarillo.

—No

—¿Pero no te va a estar esperando?

Unas manos empiezan a quebrar el tallo.

—Sí

Se parte en pedazos que vuelan en el aire.

—¿Querés entrar a jugar a la generala con la abuela y conmigo? La que pierde lava los platos.

—No.

Las hojas del tallo también vuelan en volteretas por el aire.

—¿Segura de que no querés participar?

—Sí, segura.

El piso queda regado de pétalos blancos.

Lucía Arambasic

El espectáculo (1^{er} acto)

El primero fue uno de los más cortos. Como los que siguieron, empezó en esa mansión monstruosa, mezcla de partes construidas en distintas épocas, laberinto incómodo de cemento madera vidrio superpuestos. Ya en ese momento tuve conciencia de la estructura de cebolla del edificio: a medida que avanzaba hacia dentro, todo era más antiguo, lo nuevo quedaba atrás, y a cada paso la asfixia era mayor y también la sensación de estar siendo devorado lentamente. No voy a contar todos los detalles de cómo había llegado hasta ahí pero, al final del recorrido, el pasillo terminaba en una puerta cerrada. Algunos siglos (unos pocos) distanciaban esta parte de la construcción de lo más externo. El techo era tan bajo que obligaba a agacharse, más por asco a tocarlo que por miedo al daño físico. Adelanté con dudas una mano, y giré lentamente el picaporte.

La puerta se abrió quejándose, y un

olor extraño me recibió al entrar en un recinto mucho más amplio del que se intuía desde el pasillo. No era desagradable, más bien parecía algún tipo de incienso, y completaba la atmósfera de anormalidad. Delante de mí, un pequeño teatro con butacas de madera y cuero —no podía recibir a más de ochenta, cien personas. Di unos pasos hacia delante, y el ruido hizo que la gente que ya estaba sentada se diera vuelta para mirarme, casi al unísono. Agaché la cabeza, tímidamente, y traté de acomodarme en el primer banco que vi libre. Junto a mí, dos personas de más o menos mi edad miraban hacia delante, expectantes.

Entonces un viejo oriental entró por la derecha del escenario, a unos diez metros de donde yo estaba sentado. Solo sucio miserable, parecía un mendigo. Arrastró sus pies, cansado, hasta sentarse en un banquito de tres patas que lo esperaba en el medio del escenario. Apenas se apoyó en él, las luces se apagaron, y un único

escaso amarillento foco de luz lo iluminó desde arriba. El viejo mantenía la vista fija en un punto indefinido hacia la mitad de la platea, donde el público parecía moverse inquieto. Algunos cerraban los ojos, como tratando de recordar algo; otros devolvían la mirada al viejo; la mayoría parecían sentirse atraídos y perturbados —a esa altura, yo todavía no lograba entender la influencia que ejercía alguien en apariencia tan intrascendente.

Después, el rostro del viejo sufrió un cambio: la piel se le tensó un poco, las cejas se le ampliaron, la mirada se le volvió casi transparente, y una lágrima comenzó a resbalar por una de sus mejillas. Mientras se movía lenta fría pegajosa hacia abajo, las butacas del pequeño teatro temblaron apenas, y el piso de madera crujió. Entonces de a uno, nos pusimos a llorar. Como para adentro, al principio, y más tarde de manera incontrolable. Llantos profundos y silenciosos, no sé por cuánto tiempo. Sólo pudimos parar cuando el viejo se levantó,

tomó el banquito con una mano, hizo una reverencia respetuosa hacia el público y salió, tan silencioso como al principio.

Gustavo Zini

Botellas

Si no tomo no soy feliz. Eso me pasa con la bebida. Ya me di cuenta.

Hay mojones en el camino. Hitos más o menos difusos. Cuando una mañana de invierno le puse whisky al café. Ahora no lo concibo de otra manera. ¿Cuánto hace que trabajo con una borrachera velada y furiosa? Ahí tomo para soportar. ¿Cuándo empecé a tomar también en soledad?

La última Navidad desayuné con cerveza. Buen sabor, lenta progresión. No sé qué pasó el resto del día. Más cerveza. Al atardecer me encontré caminando sin rumbo por el suburbio. Un fino tamiz me separaba del mundo. Un perro sarnoso pasó con una menudencia colgando de su boca. Estallaban lejanos petardos. Pasé por la cuadra de la casa que tiene un león de yeso en la puerta. Los canteros de los árboles con cerámicos haciendo juego con

el frente. Cerca de la esquina tres figuras. Con la vista un poco nublada definí los contornos. Me acerco y veo a las tres viejas. Todas canosas. Ropas sin color. Una tiene una botella de sidra en la mano. La levanta con dificultad. Un levísimo movimiento, casi un espasmo.

—Muchacho... ¿nos ayuda?

Con manos temblorosas me alcanzó la botella. La izquierda sostenía el pico y con la derecha empujó desde la base. En el instante en que me pasaba la posta, vi en un raptó etílico la escena de las tres en la cocina intentando, una por una, probando con un repasador, desistiendo, saliendo en fila a la vereda, esperando que pase yo. La sidra tenía la etiqueta descolorida por completo. La tapa plástica era pura herrumbre y sequedad. Mis primeros intentos fueron en vano. Tratando de ganar tiempo, de aferrarme a algo y a su vez buscando excusas, justificativos, compasión y quién sabe qué más, interrogué al vidrio verde de la botella. Quería una fe-

cha. La encontré con dificultad. Estaba muy borrosa. El mes no se leía, el año sí: era un año de hace doce años. Les eché un vistazo conjunto a las tres. Encontré caras esperanzadas que escondían angustia. A su vez eran clientas que esperaban un servicio. Me miré las manos con múltiples líneas enrojecidas y volví a intentarlo, esta vez con mi remera como antideslizante, haciendo oídos sordos al ofrecimiento del repasador. No cedía. Comprendí que mi hombría iba en ello y no me permití renunciar. ¿Tenía hombría, qué era mi hombría? La sostuve entre las rodillas, el cuerpo arqueado. Con la cara latiendo roja y el último aliento, vino el logro. Con el impulso me pegué en el mentón con el dorso de la mano que empuñaba la tapa plástica. Hubo alborozo en las viejas. El trío empezó a caerme bien y en mi interior las llamé viejitas. Sonreían. Una estrujaba con cierta emoción el repasador ofrecido.

—Acá está —dije agitado. —Sírvanse — intenté componer. Y extendí la botella

chorreada a la que me la había dado.

No pude ni quise declinar la invitación de las viejitas. Atravesamos un pasillo lleno de alineadas macetas con tierra seca, añejas botellas vacías, maderas húmedas, metales oxidados y llegamos a la cocina. Recuerdo el mantel plastificado con deslucidos motivos florales. En el living-comedor se veía un televisor tapado con una carpeta del mismo plastificado. Detrás había una cruz de madera que colgaba torcida y un Jesús que contrapesaba unido sólo por una muñeca. La sidra estaba tibia y tenía un sabor extraño, más cercano tal vez a un roñoso cajón de manzanas que a la manzana misma. No lo pude precisar. Tomábamos los cuatro. Sus nombres: Lidia, Beba, y el otro no me acuerdo. A Beba la tenían al trote. Beba esto, Beba lo otro. Era la menor de las hermanas. Derrochaba jovialidad. Podía verse en ella a la que fue. En un momento se ausentó y volvió a aparecer con una vincha elástica

rojo fuego, rojo pasión. Volvió el color a la vida. Creo que se había maquillado. Hay pasajes que se me escapan. No podría jurarlo pero es posible que intentara seducirme. De algún modo, sin fines de lucro. Lo consiguió largamente. Nos imaginé juntos en su cama, las hermanas escuchando del otro lado. Pero eso no sé si fui yo o el alcohol. Se me dirá que no hay excusas, que es la misma cosa, que va todo junto. Es cierto.

La situación ameritó después como para abrir un champán. Y luego otro. Estaban muy bien. Tomamos casi sin hablar. Algún comentario suelto, inconexo. Breves y débiles diálogos, con algún aislado retruque impetuoso. Sin embargo, creo que hubo mucha comunión.

—Pensábamos pedirle a alguna gitana que la abra, no le iba a costar agarrar lo ajeno. Suerte que pasaste vos —me dijo Beba, antes de su cambio de imagen,

mientras atravesábamos el pasillo oscuro.

En mi niñez por el barrio había muchos gitanos, ahora se ven menos. Mi madre me decía que tuviera cuidado con ellos porque “roban chicos”.

Beba llevaba la voz cantante. Lidia supervisaba con rigor desde su torre de hermana mayor. En mi recuerdo (que me conviene aprovechar, ahora que mi conciencia puede, porque sé que después la voy a ir perdiendo otra vez) la del medio es un sweater beige, gruesos anteojos, constante carraspeo, respiración entrecortada, un caminar muy dificultoso y poca cosa más; tal vez, en un análisis superficial, la opresión de saberse en el medio, aunque no sé muy bien qué signifique eso. También hubo masitas, un álbum de fotos y algunas risas.

Sobre el final tomamos un vermouth mirando el noticioso para ver en qué andaba el mundo. Ya en la despedida se im-

puso un licorcito. Salí de noche, más borracho y con menos rumbo que antes. Sabía que me esperaba el bar: una copa, algún amigo, otra copa, algo para hacer, algún desconocido para conversar, más copas, una mujer o tal vez nada de todo eso. Fue un día hermoso. Si no tomo no soy feliz.

Federico Merea

Amantes

Él la penetraba rítmicamente como una máquina, concentrado, metódico. Durante años ella había disfrutado esa pasión, ese poder. Había alcanzado niveles de placer desconocidos en su vida anterior.

Pero esa tarde su cabeza estaba lejos de su cuerpo, sin conexión. Los pensamientos anulaban sus sentidos. La angustia la hundía más profundo que el peso de él. Ella conocía la rutina con precisión. El desamor se haría presente después del sexo.

Él se apura y aumenta el ritmo, hasta encontrar su propio placer. Descarga el orgasmo sobre el vientre tibio y se retira despacio.

Tantos años como amantes, sin compromiso ni promesas. La ausencia de la palabra íntima, de la mirada tierna. Siempre en hoteles por hora con el tiempo

justo, sin noches compartidas, sin desayunos.

Él se retira de la cama y va al baño, apenas se lava. Aparece en calzoncillos y con las medias puestas. Ella lo mira en el espejo y se decepciona por lo ridículo que queda. Observa el pantalón azul gastado del traje. Lo ha visto envejecer a la par suya. Hoy todo es mediocridad y tristeza, tanto amor malgastado, tantas esperanzas vanas. No tiene energía para reclamos, no hay espacio para nuevas ilusiones.

—Quedáte, por favor —dijo ella en voz baja.
—No puedo, tengo que ir rápido a la oficina —contestó él mientras se hacía el nudo de la corbata.

Siempre lo mismo, ante cualquier frase de compromiso evitaba su mirada.

Un mar de angustia los separaba. Una catarata de dolor corría por su cara.

—Por favor, no me dejes hoy —repitió entre lágrimas.

—Me tengo que ir. Le aviso al conserje que bajás en un rato.

Él se acercó y se sentó junto a ella. Le separó las manos que tapaban su rostro y le dio un beso en los labios, leve, efímero.

—Chau, hablamos más tarde.

Ella no contestó.

A él no le gustaban los ascensores. Prefirió bajar por la escalera, saltando los escalones de dos en dos. Antes de llegar al vidrio de la conserjería, una mujer de uniforme celeste lo interceptó.

—Señor, la señora de la habitación dice que suba, que se olvidó los lentes.

Instintivamente tocó el bolsillo de arriba del saco y notó que el estuche de sus anteojos no estaba. Dijo algo parecido a “gracias” mezclado con una puteada y caminó hacia el pasillo donde estaba el ascensor. Su fobia no era suficiente para subir cuatro pisos a pie.

El viaje le pareció interminable. Al llegar, dejó la puerta abierta para poder volver a tomarlo. Era cosa de un minuto.

Notó la puerta de la habitación apenas entreabierta. Pensó que tal vez iba a apa-

recer la mano de ella con el estuche de sus lentes. Empujaba el picaporte cuando el resplandor y el estruendo del tiro lo paralizó por un instante. Terminó de abrir la puerta al tiempo que el cuerpo de ella se desplomaba sobre la cama. Inmediatamente entendió el alcance de la situación. La frase se le escapó involuntariamente.

—No hay manera de llegar temprano a la oficina.

José Luis Pascuet

A q u e l l o

Imagínense que llegan a su trabajo mal dormidos, algo desencantados con el mundo en general, y la secretaria les dice que tienen una llamada. Raro a esa hora de la mañana, porque ustedes trabajan en un colegio y el horario de entrada es siete y media. Para no contrariar, agarran el tubo y se lo ponen en la oreja. Todavía estupefactos (acepten, por favor, esta palabra) se suben a un taxi y dan la dirección del lugar del crimen.

Increíble cómo se transfigura la puerta del edificio por la que entraron y salieron tanta veces en sus cortos diecinueve años, ahora que están parados en frente, juntando aire para pasar. El ascensor de servicio es estrecho como una tumbita. Baja iluminación hay también en el palier largo con escaleras de barrotes y una ventana chiquita de dos hojas por la que traspasa una luz gris. Tocan timbre y se meten a la cocina.

“Mirá vos esa escopeta”, piensan,

“nunca la había visto”. Saludan a su amigo, que está en otro planeta, a un primo, a una prima, a la mucama que descubrió los cuerpos, y se sientan en una silla con la esperanza que alguien les diga que esto no es cierto, que esos dos tipos ahí parados no son policías.

–Necesitamos un testigo.

Y ustedes, que lo que tienen de cagones lo tienen de heroicos, dicen “yo voy” ante la duda del resto.

En el living hay otro policía y una médica forense, que infla con la boca unos guantes de látex. Cuando miran de reojo hacia el balcón, ven algo horrible y desvían la vista en defensa propia. Sobre la mesa de tantos almuerzos reposa una máquina de escribir negra y unos formularios. Todos menos ustedes están armados en ese living.

–Pasemos al cuarto.

Y van como sonámbulos: no son de resistirse mucho a la autoridad. La cama deshecha, el vidrio de la ventana perfora-

do, el piso y un placard con hendiduras, casquillos de balas cerca. Nueve tiros, sin contar el de la garganta que la forense los obliga a mirar. Ustedes mantuvieron charlas entretenidas con ese cuerpo desplomado, rígido irreconocible. Esos anteojos ahumados nunca estuvieron tan fuera de su eje.

Uno por uno les muestran objetos, que precintan en bolsas herméticas, transparentes:

–Reloj. Anillo. Revólver.

Ahora es cuando ustedes se arrepienten de su valentía, porque ya los policías marcaron con tiza donde pegaron las balas y hacen señas para salir al balcón. Es un séptimo piso a la calle, un departamento que da sobre una de las avenidas más transitadas de Buenos Aires, un edificio construido por militares para militares. En frente, hay un hospital.

–Cinco perforaciones: dos en el pecho, una en la zona lumbar, omóplato y rostro.

Ustedes miran y no entienden, oyen y tampoco. Esa mujer que está tirada en el piso, hecha un ovillo, en camión, acurrucada de espanto, con las manos duras queriéndose tapar la cara, les dio de comer a ustedes tantos mediodías, tantas tardes los llevó y los trajo del colegio, que es imposible aceptar ahora que la forense y los policías la traten como a un objeto de estudio, una cosa plegable, inhumana.

Y hay otra imagen que los va a perseguir quién sabe hasta cuándo. Ya están en la mesa del living, escuchando el testimonio de su amigo, palabras lentas que fluyen anestesiadas en voz muy baja, mientras un oficial tipea con dos dedos y otro pregunta sin anestesia:

–¿Usted mató a sus padres?

En ese momento, o minutos más tarde, verán pasar por el rabillo del ojo a dos policías, cargando un bulto envuelto en una colcha. Y después, a otro.

Habrá un tiempo en que ustedes no podrán dormir ni con la luz prendida: una

temporada de pesadillas con los mismos hechos y las caras cambiadas, un miedo irracional y profundo a abrir cualquier puerta y que al otro lado los esté esperando un par de cadáveres. No podrán olvidar lo que vieron nunca, pero pasará el tiempo, con los años llegará la calma y podrán contarle aquello a otros, como si nada.

Alejandro Güerri

C a r a

Había litros borrachos en su estómago y otros tantos en el mío. Somos tan estúpidos que necesitamos esas muletas para decirnos algo. Cada uno soltó sus propias frases y pocos ratitos después nos saboreamos dentro de la boca. La fiesta no ofrecía muchas oportunidades para los amantes espontáneos. Ya mis manos desde el primer momento querían rasgar las vestiduras de Sergio y mi pelvis quería verse alineada con la suya. Mucho. Le dije otra frase alcohólica para salir de ahí. Él me contaba, divertido, cuánto le gustaba mi obscenidad, y yo me reía a lo turra.

Durante la caminata no paraba de apretujarlo contra las paredes y lamerle la lengua. Yo quería caminar pero no podía. Me seducía tanto su inocencia y pacatez que tenía ganas de robarle todo fragmento de su intimidad y devorarlo, y vomitarlo. Una bulimia sexual. Esa enfermedad me causaba. ¡Qué estúpidos! Andábamos a

risotadas y trastabilleos, conociéndonos partes. Quería tener tiempo de mirarle los ojos bonachones pero cuando me daba su beso el muy tonto los tapaba con sus párpados. Y yo, la muy tonta, lo llevaba más cerca de ese lugar.

Pocos metros nos separaban de allí. Era una colección de vigas y columnas. Podrían haber formado un edificio de unos cuantos pisos si no fuera porque se había abandonado su construcción tiempo atrás. Era un lugar... riesgoso. Inhabitado. Tal vez hubiese allí un viejo colchón del sereno que ya no viene. Con esa idea, Sergio y yo cruzamos el portal del edificio abortado, confundidos los labios, líquida la saliva, mojadas las partes.

Por un momento nos quedamos quietos. Fue cuando hice fuerza contra él para que mi propio peso le pidiera tenderse en el piso. Puse mi mirada en los ojos mojigatos de Sergio, pero la luna se encaprichó en meter una sombra sobre ellos. Sentada sobre su pubis, enardecida y gloriosa,

presta a plantar bandera, me quité algunas ropas y las tiré lejos. ¿Sería virgen? Más o menos eso decía su mirada, bobalicona, y los huequitos de su nariz abiertos cerrados abiertos cerrados, y su boca chata entreabierta. Estas tonterías de su cuerpo lo hacían tan puro que cada vez más me interesaba.

Entonces, sonó el ruido... A chapa corrida, como si un tercer par de ojos anduviera por ahí. Detuve toda mi pasión. Hasta por un momento se me ocurrió invitar a degustar la escena al culpable de estos sonidos, si es que se trataba de un hombre. La pasividad de Sergio hizo que concluyera en que era sólo un gato. Pero mi calor interno, tan dueño de la situación, me decía que no; era un tipo. Por eso, busqué al supuesto hombre con mi mirada. Y entonces los pasos; corrían. Reí, estúpida, con más ganas de perseguirlo. Tomé a Sergio de la mano para que lo buscáramos. A él dejó de divertirlo mi osadía; sus piernas eran ahora como las de

un niño que se resiste y mi ímpetu, el de la madre que obliga. Y entonces vi al ruidoso: sí era un hombre; el volcán furioso de mi cuerpo no podría equivocarse. Lo primero que dejó ver fue su ropa: un traje oscuro, con una capa que lo seguía al escapar. Con mis pasos tan atolondrados, comencé a sentir desesperación por detenerlo. No era veloz, y además su andar era torcido como el nuestro. Seguro que lo alcanzaríamos. Las pisotadas de los tres se hacían oír, y el pequeño eco que causaban rebotaba más en mi corazón que en mis oídos, llenándome de una emoción enorme como viaje en montaña rusa. Yo habría de tener más ganas por atraparlo que las del sombrío por escapar, y en la lucha de peso de las conmociones de cada uno, ganaba yo y conmigo mis pasos, y con mi victoria perdía Sergio: perdía protagonismo, prestigio, hombría. Perdía el misterioso cuando nos acercábamos a él. Y entonces los metros se hicieron un metro. El oscuro, misterioso y huidizo, seguía

de espaldas a mi cara, en su trote torpe, escapando de nosotros tal como nosotros deberíamos escapar de él: un voyeurista avergonzado de su cochinado, desenmascarado por su propia fantasía, lo cual en una situación normal debería causarnos susto, repulsión, por qué no asco, y los amantes así expuestos deberíamos correr despavoridos a un sitio con privacidad. Pero este indiscreto, con su corrida, lograba tan sólo mi atención. Así que le grité, un simple monosílabo, algo que lo hiciera parar, voltear. ¿O tan sólo me disponía a atemorizarlo un poco más? Entonces, pateó un ladrillo y tropezó. El metro se hizo centímetros, y por fin alcancé su capa. Sergio volvió a intentar llevar sus pies más cerca de la puerta y yo, más y más cerca del fondo del horrible edificio muerto. Ahí flotaba mi risa, con el ruedo de la capa mugrienta del oscuro entre mis dedos, firmes, a pesar de la borrachera, con una fuerza que nacía en la malicia y que por ella misma se sostenía. Qué gran ca-

zadora me sentía esa noche. Qué débil parecía el hombre obsceno, preso de mi mano como una rata en su trampa. Qué mínimo parecía Sergio perdiendo relevancia en su propia noche. Tomé al hombre opaco por los hombros, con la mueca más siniestra que pudiera ponerle a mi cara en un momento tal, para que al dar la vuelta revelara su rostro.

Sus ojos, nariz y boca no estaban en su cara. Tampoco las orejas, ni el pelo. Todo era ocupado por una lisa capa de piel rosada. Estaba el hueco de los ojos, como si se los hubieran arrancado y reemplazado el lugar vacío por carne. Tenía la saliencia nasal, pero no respiraba; esto no podría suceder porque en esa nariz no había agujeros. No había nada en su boca, ni un ensayo de labios. Ni mi inocente Sergio ni yo pudimos volver a movernos. Entonces el tipo sin cara se llevó el dedo a la boca que no tenía, pidiendo silencio.

Mi amantecito y yo comenzamos la huída. Exigíamos a las piernas una fuerza que no nos podían dar. Todo lo esquiva-ble era tropezado. En caso de escape, supe siempre, los músculos traicionan. Esa maldita prisa que hace imposible lo posible, justo en el momento en que uno no puede gozar de un lujo tan grande como lo es el tiempo. Y en ese momento, el único que podía sucedernos en ese punto de nuestras vidas, los pasos de la huida cambiaron el rumbo. El retumbar de los pasos marcaba el revés, como si el reloj se estuviese dando vuelta. El opaco sin cara nos corría impiadoso, y tuve la oportunidad de lamentar el idiota instante en que se me ocurrió desenmascararlo. Si tan sólo hubiese triunfado la idea de que era un gato; sólo un gato.

El descarado nos arrojó algo, tal vez un improperio, tal vez un rayo, a lo que caímos, indefensos, con la cara vacía.

Nadia Hardy

B a y g ó n

Estabas dormido en posición fetal, parecías un niño. Tus manos unidas en el pecho abrazando un muñeco imaginario, tu boca en mueca, como a punto de sonreír. Yo te miraba, nerviosa desde mi costado oscuro de la cama. Eran las 3.15 de la mañana. Habíamos discutido y vos decidiste terminar la conversación dándome la espalda, para luego cerrar los ojos.

En las últimas cuatro horas había hecho todo lo posible para calmarme y descansar. Pero tus palabras se metían una y otra vez en mi cabeza como puñaladas. *¿Cómo que no sabés si me querés? ¿Cuándo dejé de ser la misma de antes? Que no sabés lo que te pasa. ¿Por qué dormís? Hace cuánto que no sabés que no sabés Yo lo sé hace 4 horas y no puedo pegar ni un ojo y vos, ¿cómo hacés para dormir?*

Me levanté, busqué en la penumbra un cigarrillo dentro de mi cartera, suave para no despertarte. Lo encendí temblorosa y mirándote te odié, odié tu respiración

calma, tu sonrisa, tu tranquilidad. Recordé tus últimas palabras: “Dejémosla acá, ya me cansé de hablar...”, “mañana a la mañana tengo que ir a jugar al fútbol con los chicos”. *Jugar al fútbol, qué hijo de puta, a mí se me cae el mundo encima y vos te vas a jugar al fútbol.*

Me sentía poseída por la desesperación y la ira, no podía digerir lo que me estaba sucediendo. No aceptaba que tuvieras dudas sobre tu amor hacia mí y menos toleraba la manera en que lo habías puesto de manifiesto. Como desentendido, como quien dice: “hoy hace calor” u “hoy no quiero cocinar, mejor vamos a comer afuera”, tan frío, tan desinteresado y tan poco humano.

Empecé a caminar como sonámbula. Necesitaba calmarme. Fui hasta la cocina y como por descuido, vi sobre la mesada el polvo para matar hormigas. Lo tomé sin interés y leí el contenido de su etiqueta. Mi ojo hizo foco en ácido sulfúrico 4.5 gramos. “Al ácido sulfúrico no le gusta

que lo bañen”, una y cien veces nos repetía la profesora de Química General e Inorgánica de la facultad. Más de uno habría cometido la macana de agregarle agua a una solución de ácido sulfúrico concentrado y esta se volvía peligrosamente exotérmica y nociva.

Todo pasó muy rápido. Me vi buscando el frasco de talco en tu bolso de fútbol, vaciando el contenido en el inodoro y remplazándolo por el polvo mata hormigas.

Fui hasta nuestro dormitorio, vos estabas igual que antes, dormido como un bebé, tu respiración era lenta y profunda. Me introduje despacio en la cama, me sentía raramente tranquila, aliviada, pero a la vez excitada. Sentía los latidos de mi corazón queriéndose asomar por mi pecho. Acomodé mi brazo izquierdo por encima de tu torso buscando tus manos. Cerré los ojos y me dormí imaginándome tus pies y tus testículos ampollándose

cuando por efecto de tu transpiración el agua bañase al ácido sulfúrico.

Camila Scorticati

E l e c c i o n e s

No fui a votar por amor.

Nos quedamos en la cama,

tarde abrimos los ojos a un día peronista:

soleado y poco propicio

para planes revolucionarios:

hacemos el amor sin eufemismos.

Volvemos a dormir.

La dueña de casa se prepara

una comida rica y austera

como el discurso del gobierno.

Me despierto con una manzana

delante de las narices:

nos tentamos otra vez

con el cariño y con la fuerza.

Se pasa la hora de la oposición

y las palabras dejan sus lugares

a gestos tiernos y suspiros:

sabemos lo que queremos

y está en nuestras manos.

Echados en el sillón

vemos fotos, conceptuales y realistas

al mismo tiempo: teatros vacíos,

retratos de estadistas, maquetas del museo

de ciencias naturales

–instantáneas de la imaginación

delante de los ojos.

No es fácil evadirse

de la actualidad, llegan las noticias

por todos los medios: la mamá,

el oficialismo cambió de género,

la segunda fuerza ganó capital,

lamenta la falta de transparencia,

cerraron las urnas.

Me falta un sello en el duplicado y confianza

en la representación. Nos damos un lujo:

atardecer espléndido, caminamos de la mano

entre afiches vencidos y charlas de turistas,

cucurucho y a la plaza.

Decidimos en diciembre ir al mar:

creamos algo, un futuro inmediato:

con las patas en el agua

mirar juntos

el horizonte.

Fernando Aíta

Salido de cuajo

Uno

–Disculpáme que te despierte, pero estás en mi asiento.

Aún dormido, Juan interpretó la firmeza de esas palabras y se corrió al asiento junto al pasillo sin titubeos practicando una disculpa balbuceante entre amarga saliva. La propietaria del asiento junto a la ventanilla se sentó como una estampida e inmediatamente corrió la cortina clausurando la vista exterior.

–¿Te puedo preguntar dónde estamos?

–Azul –contestó ella mientras sacaba de su mochila unos auriculares enormes y el haz del foco le descubría el perfil de adolescente altanera.

–Linda ciudad. La conozco muy bien. ¿Conocés a la familia Fr...?

–Yo la detesto, no la volvería a pisar.

Dos

Juan no puede dejar de pensar. Hace

más de diez años que imagina este momento. Ya pasó por el check-in, despachó el equipaje y tomó un cortado en la cafetería del aeropuerto con los últimos billetes de moneda nacional que le quedaban. Pero algo no anda bien, siente como si respirara por un tubito del tamaño de un alfiler. Repasa su sueño donde él se veía saludando a sus padres, rodeado de amigos y la cara de Estela con una lágrima de miedo y emoción apretándole la mano camino a la escalera mecánica.

Hoy observa cómo aquella película idílica sufrió los tizeretazos de algún editor malhumorado. Está solo y pronto a salir. Estela le habla sólo a través de su abogado, sus padres están muy grandes y no mostraron mucho entusiasmo por ir a despedirlo. Los amigos trabajando, se les volvió complicado perderse un día entero, haciendo trescientos kilómetros para saludar al que le saltó el interruptor de la cordura, largando toda su vida por cumplir un sueño adolescente de viajar por todo el

planeta.

Juan entiende a todos. Pero siente una doble Nelson en la boca del estómago al ir contra la corriente.

¿Será un mal presagio? ¿El viaje será diferente al que soñé tantos años?

El avión empieza a carretear por la pista, las turbinas aceleran hasta convertir el asfalto en aire. Juan sonríe sin darse cuenta.

Tres

–Por lo visto no tenemos la misma opinión del lugar.

–Si te gusta dar la vuelta al perro los domingos por la tarde con mi tía, descubrir la forma del ratón Mickey en la mancha de una vaca o ir a misa en 4 x 4 o en chancletas, Azul es tu lugar en el mundo.

De una bofetada locuaz aquella mujer de no más de 18 años lo había despabilado.

–¿Y cuál es tu lugar en el mundo?

–El mundo –contestó acomodándose detrás de los auriculares un largo bucle que le rozaba con la punta los labios. – ¿El tuyo?

Cuatro

El guarda suizo entró en el camarote taladrando con su idioma de acentos superpuestos pidiendo pasaportes y boletos. Afuera la estación se cobijaba entre los verdes brazos de las altas cumbres. Juan observaba el paisaje con otro foco, lo abrazaba fraternalmente en vez de extirparlo voraz como tres meses atrás había consumido las primeras horas en Europa.

Al arribar al viejo continente vía Madrid, el metabolismo de Juan alcanzaba el pináculo de la excitación. Los titubeos en tierras maradonianas habían quedado rezagados a la segunda copa de vino que apuró en beber junto a sus compañeros de vuelo, los madrileños Fernando y Raúl,

cuando el vuelo 6548 sobrevolaba Porto Alegre.

A diferencia de cualquier turista, Juan conoció el Museo del Prado una semana después de pisar tierras españolas, aunque a decir verdad lo recorrió con sus cinco sentidos en pleno funcionamiento recién tras su regreso de Francia. Sus nuevos amigos resultaron ser extravagantes promotores de fiestas privadas. La primera noche un taxi lo pasó a buscar por el hotel. En el asiento trasero del rodado lo aguardaba una bolsa de papel que contenía un taparrabos hecho con plumas verdes con una nota que decía: “LA PLUMA MÁS GRANDE VA PARA EL FRENTE”. Juan ni quería pensar adónde estaba yendo. Era demasiado tarde para retrocesos. El estado de viajante no lo admitía, comenzaba a saborear un total cambio de perspectiva frente a la novedad. El rodado hizo postas en dos lugares antes de llegar a destino. En un abrir y cerrar de ojos, Juan se encontró flanqueado por dos colosales

españolas enfundadas en tapados largos, hablando a toda velocidad mientras se maquillaban horrendamente la una a la otra. En la segunda posta subió un diminuto hombrecito calvo, que le recordó a Gandhi por su contextura y anteojos de grandes marcos redondeados, que contrastaban con una llamativa visera amarilla que coronaba su cráneo resplandeciente. El auto se detuvo en un callejón silencioso, casi tétrico, digno escenario para un banquete de Jack el destripador. El chofer parco le entregó a cada uno un sticker de esos que vienen en los chicles para niños. Una de las españolas se le acercó al verlo desconcertado.

—Pégatela en tu bonito trasero, majo — fue su respuesta.

Más adelante Gandhi calzaba una ornamenta de pavo real en lugar de la visera y entraba a los saltos por una puertita de la que emergía una luz de neón intermitente.

Aquella semana sólo el domingo no lo pasó a buscar el taxi. O quizás sí, pero su

cuerpo no reaccionó hasta el martes. Los primeros siete días de su viaje son un calidoscopio de flashes inverosímiles: cantando Macarena junto a un coro de obesos nudistas, haciendo señas lascivas a una morena descomunal en la fiesta de los amordazados, festejo de tomatina en un castillo medieval, una corrida de pequinenses y toreras enanas.

El carruaje enviado por los padrinos mágicos dejó de venir. Juan no lo notó.

Cinco

—Mi lugar en el mundo es Pergamino. Ahí viví toda mi vida y de chico jugaba con mis amigos a descifrar las manchas de las vacas.

—Perdón, no te quise ofender.

—No me ofende, coincido con que la vida de campo puede llegar a ser un bordinio para algunos.

—No es cuestión de campo o ciudad, lo que me altera es la miopía. Hay millo-

nes de lugares y personas allá afuera y los quiero conocer.

—¿Y qué vas hacer en Buenos Aires?

—Voy a audicionar para la obra de *El Fantasma de la Ópera*.

—Imagino que de fantasma no.

—No, para el papel de Christine, de quien se enamora el fantasma. ¿Vos qué vas hacer en Buenos Aires?

—Ir a buscar una camioneta que compró mi suegro. Me llamo Juan y mi vaca favorita se llamaba Mapamundi, tenía todos los continentes manchados.

Rió con ganas.

—Me llamo Zoe y mi vaca favorita se llamaba Manchita.

Seis

—Bonne nuit, Françoise. ¿Sigues preparando mojitos?

—¡Rosa, de vuelta por Toulouse! ¿Cómo te trató Amsterdam?

–Bien rico, magnífica ciudad. Fueron de gran inspiración las tierras de Van Gogh.

–Quiero ver esas fotografías en cuanto las tengas. Mira, te llegó este sobre a tu nombre hace un mes aproximadamente.

–Juan, el viajante. Qué sorpresa.

Rosa:

Ni bien me adentré en el poblado me acordé de “vos”. Tenías razón, el último tramo de la ruta te pone extremadamente ansioso. Maldije no tener el hábito de fumar tus cigarros mientras bordeaba la campiña. Se me quemaron las pestañas de tantos verdes olivares.

Cada una de las callecitas las tuve que andar ida y vuelta. No me alcanzaba pasar una vez. Las casas me saludaban e ignoraban al siguiente paso. Me habías contado con tanta efusividad de este recóndito lugar que cuando me decidí a ingresar a esa especie de plaza y arena romana la emoción me redoblaba en el pecho. Cum-

plí con el ritual de los tres giros de 360°. Verdaderamente perfecto. Los habitantes parecen no tener noción de que estamos en el siglo XXI en uno de los países más industrializados del mundo. Adorables griteríos, es inevitable sentirse hermanado con la cantinela vociferante de los italianos.

En este momento estoy en la torre, a mí sí me dejaron pasar. La simpatía argentina como “vos” dijiste, todo lo puede.

Bueno, Cubana trotamundos, espero que a tu vuelta por el bar del Françoise encuentres esta postal.

Hasta el próximo eclipse.

Juan.

Siete

–¿Cantás desde muy chiquita?

–Sí, como todos. En la ducha o en los actos del colegio.

–¿Y te animás a presentarte en una obra de esas características? Tengo entendido que el director ya hizo otras obras muy exitosas. Debe ser muy exigente en su selección.

–Simplemente quiero hacerlo. ¿Quién me lo puede impedir? ¿Quién te obliga a buscarle la camioneta al culo gordo de tu suegro?

Zoe lo miró desafiante. Juan se sintió embriagado por el magnetismo de esos ojos vivaces. Agudas dagas que le traspasaban la piel de una estocada, desgarrando sin permiso sus vacilaciones. Esa pequeña no entendía de grises, no abofeteaba en advertencia, directamente te molía a palos.

Ocho

Babú o Gandhi, como le gustaba llamarlo a Juan desde el momento en que se conocieron en la fiesta de la colonización, resultó ser una persona extremadamente fascinante. Aquel hombre que huyó de su

Afganistán natal, había sido un niño prodigio que las autoridades de su país becaron para que se instruya como físico nuclear en Universidad de Berlín. Pero aquel llamado a ser el padre de la bomba atómica afgana sufrió un leve cambio al pisar tierras alemanas. Sus textuales palabras fueron: “Bomba atómica, OUT. Rave parade IN”. El alfeñique del cráneo genial sufrió el flechazo de la música electrónica. Cual Tony Manero árabe, Babú pronto se transformó en un verdadero rey de las pistas europeas, al que contrataban las discos más prestigiosas de la Costa Azul. Su único requisito era contar con los guardaespaldas necesarios para no sufrir ningún atentado de parte de sus mecenas atómicos. Fue precisamente Babú quien invitó a Juan a tierras germanas, más precisamente a Frankfurt donde se congregaba la Rave Parade más grande del mundo. Pero el destino le tenía reservados otros destinos.

–Disculpe –Juan le hizo señas a su compañero de camarote que observaba fijamente al techo –, ¿tiene hora?

–Las 4 de la mañana –le contestó en un castizo puro.

–Eres español, qué suerte ¿Faltará mucho para llegar?

–Depende a donde vayas –le contestó secamente sin cambiar de dirección la mirada.

–Sí, claro. A Barajas.

–Tienes para un buen rato aún. Unas 5 horas más por lo menos. Estás de viaje, chaval, relájate que me estresas. ¿Quieres whisky?

–¿Whisky? Sí, me vendría bien, con el frío que hace.

–Bebe, es bueno, escocés. Lo he comprado en Edimburgo, ¿conoces?

–No, no fui. Pero tengo ganas, es que estoy algo corto con la plata.

–Yo puedo hacer que consigas dinero. Pero para eso deberías hacer un viajecito.

–¿Dónde?

–¿Conoces Shangai? Debes entregar en mano este recado. Aquí tienes quinientos dólares. Quien lo reciba te dará quinientos dólares más.

–¿Sólo esto, un papel escrito en mandarín? ¿Acaso no conocen el e-mail?

–¿Acaso tu quieres el dinero, sí o no?

–¿Y qué dice el recado?

–Eso no te incumbe.

La CIA o la KGB son un juego de niños comparadas con la persecución de la inteligencia china. La labor de Juan como recadero duró lo necesario antes de ser interceptado por las garras de Mao Tse Tung. Se sentía un gigante en Shangai. De hecho, lo era. No cabía en la cama del hotel, se pegaba la cabeza contra los marcos de las puertas, la espalda la tenía lacerada de tanto estar agachado en el tren. Nadie lo miraba a los ojos, todos los ojos quedaban a la altura del pecho. Por momentos se sentía dentro de un videojuego donde la misión era derribar chinitos para

sumar puntos. Una avenida ancha, un chinito al lado del otro, se imaginaba corriendo como un bólido con los brazos extendidos. Paf, paf, paf, 50, 100,150 puntos. Un gordo sobre un dragón extenuado lo ataca y ahí pierde una vida en el cadalso. La segunda ante una chica de ojos enormes, que lo ajusticia de un certero impacto de nunchaku, el game over cuando un tren bala lo pasa por encima mientras se ataba los cordones.

Una voz diciendo algo incomprendible lo sacudió del letargo delirante, habíamos llegado a Xio Xu-Ma, la última estación. Se incorporó, un poco atontado dándose la frente con la baranda metálica. De ahí, otra larga travesía pero en camioneta rumbo al Tíbet.

Nueve

–Es una buena filosofía la tuya. Te confieso algo. Siempre soñé con viajar alrededor del mundo.

–Hacélo. Al final a todos nos terminan cambiando los pañales en algún asilo. Aunque si no lo hacés, por lo menos vas a poder contar que viniste manejando desde Buenos Aires una camioneta cero kilómetro que no era tuya.

–Sos brava, nena.

–Soy sincera simplemente.

Diez

–Mi querida Sherlock, el inventario del bolso que hallaste es el siguiente: un atado de cigarrillos, repelente para mosquitos, agenda 2004, un chocolate, brújula, naipes, y una carta donde una tal Zoe le desea un buen viaje a su “Marco Polo”.

–¿En qué estaría pensando Marco Polo para olvidarse su bolso, Watson?

–Ojo, quizá el bolso no sea de Marco Polo, sino de Zoe que lleva a cuestas la carta.

–Ay, Franquito... perdón, Watson, es obvio que son más altas las probabilidades que un Marco Polo tenga una brújula, a

que pertenezca a una Zoe de seguro escritora o cantante lírica.

–Meli... perdón, Sherlock, dale el bolso a la moza, seguramente nuestro aventurero volverá a buscarla.

–Disculpáme, te dejo este bolso que encontramos debajo del asiento. ¿No sabes quién se sentó antes ahí?

–Un muchacho. Tomó un capuchino hasta que vino una chica y se fueron juntos.

Pablo Innocenzi

E s p á

Mi hermano venía de un año enfermo, quilombos en el laburo, un divorcio, una pierna rota. Y con esto de las fiestas el pobre se empezó a bajonear, así que para Navidad le regalé un día de SPA para dos.

–Para ir con quien quieras –le dije, guiñando un ojo. Sonrió.

–Gracias.

Y a la semana me llama para preguntarme si no lo acompañaba, que solo le daba no sé qué, que no había conseguido a nadie, que a Marta le habría encantado, pero que ya no... Y antes que siguiera, sí sí, claro, te acompaño, vamos cuando quieras. Avisáme y me reservo la tarde. Un lunes de enero, calor de esos que duelen. Era un edificio pituco, bien elegante. Yo no regalo cualquier cosa. Cuando entramos, el aire al mango y blanco por donde se lo mire. Yo seguía con los anteojos de sol puestos y me los levanté para saludar a

la recepcionista, vestida con una túnica sugerente, blanca, a tono con el ambiente.

–Pueden ir sirviéndose nuestra agua termal saborizada, chicos, ya los atienden.

Eran unas jarras de vidrio de esas pesadas. Había tres, con cartelitos indicativos: limón vivificante, pomelo antioxidante y sandía antised. Elegí la de pomelo, mi hermano la de limón. Un asco, no tenían gusto a nada. Escondimos los vasitos de telgopor llenos detrás de las jarras. Había música bajita y agradable.

–Está bueno, ¿no?

Mi hermano asintió con la cabeza. Creo que no estaba muy convencido, siempre le costó disfrutar de las cosas buenas de la vida. Depresión tal vez, o amargado por naturaleza.

–Ya pueden ir pasando al vestuario, chicos, que lo disfruten.

Nos dieron unas batas blancas y unas pantuflas.

–Primero les recomiendo empezar por el sauna.

—Para eso salimos a la calle —le dije.

—Ja, sí. Bueno, es por acá.

Nos dijeron que era lo mejor para ablandarse. Mi hermano se sacó la bata y pude apreciar su cuerpo venido a menos. La panza mucho más grande y blanda de lo que recordaba. Miré mis abdominales y me quedé tranquilo. Yo estaba mucho mejor, y eso que le llevo unos años.

—El vapor te abre los poros, ¿sentís cómo se abre todo? Es bárbaro para la piel, ¿sabías?

Me contó que él varias veces había ido al sauna del club y no le había gustado.

—Pero este es distinto, no vas a comparar.

Se quedó callado. El vapor nos dejó de cama. Después una señorita nos condujo por un pasillo estrecho con baldosas relucientes a una habitación con dos camillas. La música era la misma que en el sauna y el hall de entrada.

—¿Quieren darse juntos el masaje, chicos?

Me acerqué y le dije:

—Mirá que somos hermanos, ja, no te vayas a pensar que, ja.

Me acosté sobre una toalla blanca y la madera crujiente primero, y después unos piecitos de princesa me preguntaron qué prefería si aceite de rosas relax o de arándano revitalizante.

—¿Vos que me recomendás? —pulgarcito uñas rosa bebé.

—Y depende... ¿Cómo venís, muy cargado?

—Sí, tremendo, viste como es.

—Claro, claro, y entonces te aplico una mezcla de los dos, y le agrego un toque de menta que actúa como un catalizador, te potencia todo la menta, dos gotitas y después me contás.

Un tatuaje de florcitas en el tobillo, y la menta que potencia y yo ya no podía más. Intenté pensar otra cosa y dejar de mirarle los pies por un rato. Detrás de la cortina estaba mi hermano con otra masa-

jista, y yo podía escuchar su conversación claramente.

—¿Viste la foto que tengo ahí pegada? Es mi gata Fiorella, ¿no es preciosa? Y muy vivaracha, porque la encontré en la calle y viste que esos son muy rápidos, aprenden en seguida, yo ni tuve que enseñarle y ella ya hacía sus asuntos en las piedritas. ¿A vos te gustan los gatos?

—Yo tenía un hámster, Horacio, hasta que me separé.

—¿Se lo llevó ella?

—No, el pobrecito murió, por mi culpa. Es que mi mujer, Marta, mi ex mujer, era la encargada de darle de comer, yo no sabía cuánto darle, o cada cuánto tiempo, esa era su tarea. Yo le cambiaba el aserrín una vez por semana, y ella lo alimentaba. Se murió de hambre o de tristeza, tal vez. Horacio estaba muy apegado a Marta, se subía a la ruedita cuando llegaba, era impresionante. Y yo ahora no tengo ni hámster, ni mujer, ni hijos, ni gatos, nada...

El relato se vio interrumpido por el llanto de mi hermano. Sentí una mezcla de compasión y de vergüenza ajena. Parecía llorar fuerte, se notaba que quería seguir hablando y sólo se oía un balbuceo entrecortado. Me acordé de nosotros de chicos, de una pelea donde casi le parto la nariz, y ese llanto desconsolado era igual a éste. Noté que mi masajista aflojaba el contacto con mis cervicales. Ella también estaba escuchando la escenita.

—Resultó un maricón mi hermano al final, no te pienses que en la familia somos todos así de mantequita.

Las manos ahora presionaban fuerte y comenzó a aplicar unos pequeños golpes a los lados de la columna, un vaivén con los puños cerrados.

—A mí me parece que tu hermano no es ningún mantequita, es un hombre sensible y está dolido —se expresaba de modo enfático sobre mi espalda, acentuando cada palabra con una presión de los dedos. —Ojalá todos los hombres pudieran asumir

lo que tu hermano siente, sabés. La separación es algo muy triste, que te dejen, así de un día para el otro.

Me callé la boca sin saber bien qué decir. Los piecitos ya no me calentaban más. Nuevamente pude oír por sobre la música funcional al compartimento vecino. Ahora se oían risitas femeninas. Algunos murmullos. La voz de mi hermano:

–Yo acá contándote todo esto y no sé nada de vos, ¿cómo te llamás?

El hijo de puta se la estaba chamuyando. Con el cuentito del hámster, quién lo hubiera dicho. La musiquita de telo me estaba saturando. La chica de los pies me preguntó si quería masajes en los glúteos. Me dijo que eran buenos para tonificar la zona. Dudé un poco, y le dije que sí, podría ser interesante probar algo nuevo. Pero no. Me agarró un pellizco en el ciático que me hizo gritar de dolor. Fue un grito contenido, podría haber aullado. Ella se disculpó, me dijo que debía tener inflamado el nervio.

–Cosas de la edad –y me guiñó el ojo.
–Mejor dejamos acá.

Me vestí lo más rápido posible. Le dejé a la chica de la recepción un recado para mi hermano, que me había surgido algo urgente, y salí a la calle: era un sauna.

Laura Kaczer

En 25 de mayo y 3 de febrero, del otro lado.

El extranjero llevaba quince minutos en el cruce de Ramón Falcón y Riobamba: un muchacho joven de frente abultada con las llaves de su departamento en una mano y un bolso de tela echado a un hombro. Una pareja pasó a su lado con un bulto envuelto en celofán del tamaño de un recién nacido, una mujer delgada de cabellos castaños y un hombre corto y ancho; pasaron hablando de un cierto pan dulce que habían comido la Navidad pasada y que sólo tenía pasas de uva; la mujer llevaba el paquete, el hombre caminaba con las manos en los bolsillos. El extranjero reparó en ellos y les pidió indicaciones, les contó de su tía y cómo había llegado caminando desde la estación. Ellos se detuvieron un instante, observaron su aspecto y siguieron camino. Había pasado también un chico en patines y un hombre de anteojos. Todos mostraron el mismo

comportamiento y la misma distancia. El extranjero repetía su mensaje cada vez con más atención.

Finalmente caminó hacia 3 de febrero por la calle Riobamba, apresurado y rabioso. Llevaba un pañuelo blanco bordado por su madre y un pequeño plano. Había un trazo de tinta en el camino entre la estación del ferrocarril y la casa de Emma Muñoz: la tía del extranjero. En el plano las calles no llevaban nombre, pero una línea que serpenteaba entre los cuadrados que representaban manzanas, y había un punto marcado como “Estación Gral San Martín” y otro marcado como “Casa de Emma”; y del punto de la “Estación Gral San Martín” partía hacia el este una flecha “a Retiro-Constitución-Mar del Plata”.

Con el paso apresurado pudo ver: una casa con un pequeño obelisco, con un pórtico revestido de yeso salpicado y losas de color tierra, y vio una fachada con una pajarera de estilo barroco, se cruzó después algunos jardines limpios de canteros

floreados y más adelante descubrió la forma infinita de una maleza sucia acompañada de un paredón ceniciento. Recordó entonces el puerto y su casa, una entrada con puerta pintada de blanco bajo una marquesina de chapa que se apoya en dos ménsulas de hierro fundido pintado también de blanco, la escalerita de cuatro escalones hecha de cemento donde se sentaba a fumar por la tarde, y él mismo viéndose fumar, fumando. Las imágenes se fundían en una dimensión de luces y otra aromática.

Llegó al cruce de 3 de febrero y oyó una música intermitente que parecía caer de los árboles, al otro lado del bulevar, entre la avenida y la otra vereda con dos locales olvidados: un lavadero de autos y una inmobiliaria. En la noche la avenida se asemejaba a un mar de brea tendido hacia dos lados infinitos, representado por una sola fila de luces, volquetes y arbustos. Cerraba la cuadra con la vista puesta en la

otra esquina —el cruce con islas Malvinas, el club de barrio que aparece en la penumbra.

Hay una mesa en la vereda y un par de viejos aferrados a una botella verde y a una baraja. El extranjero se acerca por el camino oscuro y a los viejos se les aparece muy de pronto; con la bolsa de tela echada al hombro, vestido de blanco y tan alto como un jugador de básquet, ellos han visto muchos, pero este es de temer. Pregunta por Emma Muñoz con la voz desgarrada, sin preámbulos, los hombres lo observan en silencio, con los naipes en la mano. ¡Emma Muñoz! Dice el extranjero. Dice el nombre de la mujer otras tantas veces, intenta explicarse con gestos, deja la bolsa en el piso y usa las dos manos. Uno de los ancianos se levanta y se acerca al otro anciano, se abrazan. ¡Emma Muñoz, la que tiene el puesto de flores! Un hombre gordo se asoma finalmente por la

puerta del club, convocado por la voz enronquecida, ¡Adentro señores, vengan rápido! Les dice a los viejos ¡Déjenme hablar a mí con este hombre tan extraño!, ellos guardan los naipes, pliegan la mesa y le dirigen una última mirada al extranjero. Esbozan un vago saludo y desaparecen.

En el club se prepara la fiesta para la medianoche, y la música llega a la calle a través de los pasillos y se huele la grasa crujiendo sobre las parrillas, y se ven las tres columnas de humo que se alzan detrás de una pared hacia el cielo abierto, y las bombitas de colores tendidas con holgura en grupos de tres, dentro del club atravesando los pasillos y desde la puerta y por encima de la pared hacia la calle. El extranjero se dirige a la puerta del club, hacia el hombre que salió a su encuentro, pregunta por Emma Muñoz otra vez. El hombre de la puerta le toma una mano, la que sostiene las llaves, y la levanta a la altura de sus ojos.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Son las llaves de mi casa. En algún momento las saqué del bolso y no las volví a guardar... —dice el extranjero. — ¿Me podría traer un vaso de agua? Estoy sediento.

El hombre de la puerta deja pasar un instante, da una media vuelta y desaparece en los pasillos del club. Sus pasos cortos perduran en el eco.

Frente al club hay una casa baja con un frente de mosaicos verdes, un jardín pequeño con limonero y un jazmín en flor. La puerta de entrada está abierta y se puede observar el patio al otro lado de la casa. A través de las habitaciones oscuras se puede ver una mesa y una silla blanca de hierro, hay un hombre que ríe. El extranjero observa la escena a través de un marco triple compuesto por la puerta del patio, la de la cocina y la puerta de entrada al living. Guarda las llaves dentro de su bolso y le echa con firmeza un doble nudo

para reclinarse en la pared, para arrojar sus manos sobre su propio rostro, tocando su frente abultada y joven, sus labios secos.

Se oyen estallar petardos y después los silbidos agudos que trepan al cielo desde algún lugar más allá de la estación.

Mauricio le preguntó a Beto si los chicos se morían y Beto le dijo que no pero que cuando se morían los metían en cajones blancos y los mandaban al cielo después de sellar el cajón con un pegamento especial y que en el cielo abrían los cajones con unas palanquetas blancas y despertaban a los chicos para darles la merienda. Y todo el tiempo merendaban y siempre había chocolate; le contó de unos vasos hechos por Cristo donde uno podía tomar todo lo que uno quisiera de chocolatada sin vaciarlos nunca y que los chicos, sin importar qué, siempre querían más. Beto propuso otro brindis a la salud de los chi-

cos y luego dijo “Ojalá que nunca tengamos que atravesar por la durísima circunstancia en esta vida de encontrar a alguno de nuestros hijos muertos en la cama o en la calle, con su cuerpecito que fue nuestro todos los días despedazado por el azar, ¡Los hombritos que tapamos con frazaditas y los ojitos llenos de lágrimas que nos miraban con amor: ahora desorbitados!”, y comenzó a sollozar y a reír entrecortado, como otras veces, atacado luego por el llanto amargo y persistente, y nadie lo acompañó en su pesar; estaban todos muy ocupados en sus quehaceres. Un tiempo después, con el rostro distendido, Beto se acercó al asado para pinchar los chorizos. Hizo esto y una ráfaga de grasa se proyectó de la parrilla a las baldosas del patio y Rambito, que estaba echado a los pies del papá de Mauricio, fue corriendo hasta el lugar para lamer aquel regalo inesperado, sus ojos saltones apuntando a cada lado de la cara, tratando de centrarlos en la mancha de grasa, agradeciendo en el lenguaje

de los perros mestizos al dios de los perros mestizos.

Analía estaba con Aníbal, su novio, y se besaban con los codos puestos en la mesa, sentados junto al papá de Mauricio, él de brazos cruzados y con la mirada clavada en la parrilla, dejando salir por momentos las vacilaciones que caldeaban su fuero interno. Analía sabía que el papá atrapaba una mancha borrosa por el rabillo del ojo, y lo veía a su papá mientras besaba a su novio Aníbal, mientras hurgaba con las uñas esmaltadas en su pelo. Mauricio había aprendido de Analía lo que era un beso francés, ella lo había besado en el living para su cumpleaños y fue así: apoyó sus labios en los de Mauricio y le metió la lengua en la boca y dijo después:

—Este es mi regalo, pero no está bien que los hermanos se besen.

Beto se acercó al papá de Analía y le dio un pequeño golpe en el hombro. Se sentó a su lado y se sirvió un vaso de vino,

buscando con la mirada un gesto cualquiera para ponerse a charlar. Pero ahí estuvieron, sentados uno junto al otro, el padre de Analía con los brazos cruzados y la vista en la parrilla y Beto con el vaso de vino y una sonrisa tonta y volátil.

Mauricio fue con su mamá que estaba preparando ensaladas y poniendo mayonesa en todos los platos con una espátula de madera, se sentó a la mesa y prendió el televisor para ver la hora que él consideraba oficial. Había una imagen de Plaza de Mayo desierta de gente y de palomas, y la Casa Rosada que no parecía rosada de tan oscura y sólo se veían las luces de los faroles y las palmeras y eventualmente un coche que atravesaba furtivo la pantalla. Abajo, en letras blancas sobre un fondo rojo, decía: “Esperando la Navidad”, y en la esquina inferior derecha la hora y la temperatura.

La mamá de Mauricio sacó una bandeja de tomates de la heladera y la dejó sobre la mesada, y después puso también una

lata de atún, otro frasco de mayonesa, un bol con huevos duros, maní, jamón cocido y dos cucharas; cuando hubo terminado esto se acercó a la mesa. A Mauricio no le gustaba ahuecar tomates y había entendido lo que su madre pretendía con esa actitud, y temía perder la noción del tiempo ahuecando tomates hasta pasada la medianoche. La mamá de Mauricio cortó una porción de budín y la puso sobre la mesa.

—Tomá, comete esto y después me ayudás a preparar los tomates.

Mauricio no dijo nada, tomó el budín y empezó a sacarle las pasas de uva y los higos secos. Su mamá preguntó si acaso no le gustaban los tomates rellenos y dijo que era mejor que los chicos se queden en la cocina para no molestar a los hombres mientras hacen el asado. Rambito entró con rumbo preciso y se puso a los pies de Mauricio, a mirarlo. Mauricio dejó caer al piso las pasas de uva y los higos, y después arrojó lo que faltaba de budín, palmeó a Rambito en la cabeza y se estaba lavando

las manos cuando entraron a la cocina Analía y su novio Aníbal tomados de la mano. Analía tomó un adorno de la repisa y lo estuvo examinando despreocupadamente.

—¿Qué pasa? —preguntó la mamá de Mauricio.

—Nosotros vamos a ir a saludar a los abuelos de Aníbal.

La mujer dejó el repasador sobre la mesa, apagó la televisión y cerró la puerta de la cocina. Estuvo mirando a Analía mientras se desataba el delantal. Dijo:

—Analía, ¿por qué no me ayudás con la ensalada? Y Aníbal puede ir a ayudar a tu papá y al tío Beto con la carne. ¿No? ¿Querés ir, Aníbal? Andá, ya sos un hombre, podés ayudar con el asado. Después, ¿sabés qué? Cuando se haga la medianoche podés llamar a tus abuelos, sabés que acá no hay problema, podés usar el teléfono para esas cosas siempre que lo necesites.

Tomó a Analía por un codo y sonrió, le entregó el delantal. Abrió la puerta, Aníbal salió acompañado de Rambito, la parrilla estaba desatendida y los adultos guardaban silencio.

Mauricio estaba ansioso y la cocina se le hacía demasiado chica y no podía permanecer ahí sin saber la hora y con su mamá y con Analía. Dijo que iba al baño, que era hora de pegarle una visita y que tenía las manos sucias, salió. Pasó por el baño, dio un portazo y continuó hasta el living.

El living era una mancha oscura atravesada por una lengua de luz tiesa que entraba por la puerta de entrada. Había objetos oscuros agrupados contra las paredes y una mesa ratona con una cerámica de un chico con gorro de paja y jardinerito y otra cerámica de un ángel y animales de pesebre. El árbol de Navidad estaba en una esquina del cuarto, junto al sillón y la

mesa del teléfono. Mauricio pensó en llamar al servicio que daba la hora, encender las luces del árbol y sentarse a esperar, o buscar los regalos de Navidad por toda la casa; sólo para matar el tiempo. Llevó la vista al teléfono y de ahí al árbol, se acercó a prender las luces. El árbol quedó iluminado por una serpiente de colores que lo abrazaba o estrangulaba como una espiral a un cono. Llegaron algunos estruendos desde más allá de la estación, Mauricio salió a la puerta con la esperanza de encontrar el rastro de un cometa o a una estrella de colores clavada en el cielo, y en su lugar se encontró con la fachada del Club Tres de febrero y junto a la entrada un hombre vestido de blanco con una bolsa de tela a sus pies.

Una figura negra cortaba el juego de los marcos sucesivos. Estaba reclinada contra la puerta de entrada a la casa, entre el limonero y el jazmín.

Era un chico, y en el filo derecho de su figura, como si fuese una silueta recortada en papel se percibía un trazo tembloroso, de varios colores, que llegaba del árbol de Navidad, luces que viajaban en todas las direcciones. El chico estaba estático, contestando la mirada de la otra figura, blanca sobre el muro. El estruendo fue seguido por un largo silencio. Una calma en la noche donde del alumbrado público que bañaba la calle empedrada y del automóvil que avanzaba en silencio por la avenida. Los ojos vidriosos del chico estaban encajados en la figura oscura. El extranjero puso un pie en el empedrado, levantó una mano abierta y bajo la sombra de un plátano dijo:

—¡Ey! ¿Hay alguien en tu casa que conozca a Emma Muñóz, la del puesto de flores?

El chico atravesó el jardín con pasos lentos y con los brazos un poco abiertos a los costados. Observaba atento, porque algo en el extranjero le parecía siniestro y

le atraía, y sentía que se estaba acercando a un asesino, un ladrón o un príncipe. Temblaba.

—Ey —dijo el extranjero. —Emma Muñóz, ¿hay alguien en tu casa que conozca a Emma Muñóz?

Contuvo el aliento.

—Voy a ver, —dijo —ya vuelvo.

Y mientras el chico se perdía otra vez en la casa profunda la puerta del club se abrió y el hombre del bigote salió con un vaso de limonada. Ahora tenía un aspecto simpático, se asfixiaba en su propia gordura, pero estaba sonriente. Caminó hacia el extranjero ofreciendo el vaso.

—Acá, tome. ¿No estaba sediento?

El extranjero bebió y le dio las gracias. Había algo agradable ahora en la situación, los hombres se miraron y estaban a punto de echarse a reír cuando un grupo de muchachos apareció por la esquina de 3 de febrero, estaban cantando. Eran tres chicos que llegando a la puerta del club se dieron algunas patadas y finalmente,

cuando pasaron junto al hombre del bigote se detuvieron con gesto desafiante. Había uno alto y delgado, y otros dos muy pequeños, que parecían muchachitos. El que era alto y delgado se acercó.

—¿Ya se puede entrar?

—¿A dónde?

—¿Cómo que a adónde? A la fiesta que va a haber a medianoche, ¿ya se puede?

El muchacho lo tomó por las orejas, preguntó otra vez si se podía entrar a la fiesta de la medianoche, y él respondió que:

—¿Cómo van a entrar ahora si la fiesta es a la medianoche? Y a ver si aprenden a ser más educados.

El hombre gordo y el chico se trenzaron en un juego de palancas y el extranjero que estaba viendo esto sintió que se iban a dislocar los hombros. Estuvieron estudiando estas tensiones, y el compromiso que implicaba cada movimiento en tanto el forcejeo los arrojó contra la pared, ce-

rrados como un candado. Los otros chicos aprovecharon la puja para entrar al club, a las palmadas y dando voces.

A la vereda llegaba la débil esencia de la grasa chamuscada, cayendo como el rocío sobre los combatientes. Ahora estaban tomados por los hombros, como dos borrachos. El gordo podría haber sido el padre del chico alto, salvando el color de pelo, que él lo tenía oscuro y el chico claro, y el color de los ojos y la forma de los dientes. El extranjero se acercó al gordo y le dio un pequeño puntapié.

—Ey, tome —puso el vaso en la vereda junto al hombre.

—Se agradece.

El otro asintió con la cabeza y soltó al chico, y cuando éste se estaba poniendo de pie acomodándose la ropa y el peinado, le dio una patada que lo hizo tambalear.

—Andá a tu casa con tus padres, que te estarán esperando.

—¿Por qué no la pasás vos con tus padres?

Dijo el chico, y le dio una patada al gordo que le hizo saltar la hebilla del cinturón.

—Porque mis padres están difuntos, dios los guarde en la gloria.

Dijo, y le dio una patada al chico que lo despeinó.

—¡Del disgusto se habrán muerto, cuando te vieron tan grande y panzón!

Y el muchacho volvió a tomar al gordo por las orejas, pero eso fue todo. Se detuvieron porque el chico de la casa de enfrente había cruzado la calle, tomado la mano del extranjero y lo había guiado en silencio hasta la avenida, por la que se perdieron de vista. Atónitos dejaron de pelear, y hubo otra serie de estallidos y silbidos que llegaban de la estación.

Acá vive mi amigo Esteban, ahora no está porque pasan Navidad en Tortuguitas. Yo fui con él a Tortuguitas el otro verano, pero me tuve que volver porque comimos asado y me dio diarrea, y antes

habíamos comido patas de rana y tenía pileta en la casa y nos metimos. ¿Vos sabés nadar? ¿Nadás crawl?

¿Y vos sabés dónde vive Emma Muñoz?

Sí, tiene un puesto de flores, son siete cuabras y es de este lado de la calle. Yo la conozco porque es amiga de mi mamá. ¿Vos sos el novio de ella?

El sobrino soy. ¿Cara de qué tengo, de novio de la gorda? No me hagas reír, ¿vos tenés novia?

No, pero hay una chica que me gusta y que está enamorada de mí.

¿Y cómo es que no son novios entonces?

Porque no le dije nada todavía, ahora está de vacaciones, pero cuando vuelva le voy a decir que es mi novia.

Vos tenés que ir de frente y decirle todo y llevarla a un lugar tranquilo, debajo de un árbol o una plaza y tenés que ir bien vestido y peinarte mejor. Y tenés que hablar despacio porque a la mujeres les

gusta que les hablen, y cepilláte los dientes antes y llevála al cine.

Está bien.

Pero no la llesves a ver una de tiros o de peleas, tiene que ser una película para chicas.

Cruzaron Veinticinco de mayo y la avenida estaba repleta de gente montando cañitas voladoras en botellas vacías, chicos con bolsos llenos de petardos y triangulitos y señoras que brindaban o viejos sentados en reposeras, por un instante mientras cruzaban la avenida vieron cómo estas acciones se repetían con pequeñas variaciones de forma, ritmo y color, cómo colmaban la vereda y los bulevares que el horizonte deformaba. De pronto todo se puso en marcha, los estallidos, los brindis y los autos que se detenían para tocar bocina. La noche se cruzó con fuegos rojos y azules y miles de botellas se descorcharon a la vez.

El extranjero buscó los ojos del chico y deshizo el nudo del bolso para buscar su reloj pulsera.

—Sí, ya son las doce —dijo. —Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —dijo el chico.

El extranjero lo invitó a sentarse en un cantero para ver el espectáculo de la Navidad en el cielo y en la calle.

El papá de Mauricio entró a la cocina con el mismo gesto con el que entraba borracho al cuarto dormitorio, como penetrando una niebla espesa. Beto entró detrás de él y se dirigió a su hermana que seguía empleada en la cocina. La tomó en sus brazos y dijo:

—¿Dónde está el nene?

La mamá de Mauricio, ante la pregunta, soltó la cuchara que cayó colmada de mayonesa al piso, se estremeció, el cabello comenzó a soltarse de las hebillas, el delantal revirado a la derecha.

—¿Cómo que dónde está el nene? Salió un minuto a mostrarle a un muchacho cómo llegar a la fábrica de escaleras, o a otro lugar, no me acuerdo.

Su marido se hinchó y se puso rojo. Se dejó caer sobre la repisa y sosteniendo su frente con la mano izquierda dijo:

—¡La fábrica de escaleras! ¡Ese antro oscuro donde no se mete ni la policía! ¡¿Pero qué estás diciendo?! ¡No me vas a decir que dejaste que el nene se vaya con un extraño por ese pasaje de mierda! ¡¡Decime que es mentira!!

—Es un minuto, parecía un muchacho honesto. No sé si era a la fábrica de escaleras donde iba, pero escucháme, un pobre chico del interior que quería pasar la Navidad con su familia...

—¡Idiota! ¿Si era del interior por qué tiene familia acá? ¡Te engañó! ¡Ahora debe estar violando al nene y después lo va a degollar y lo va a dejar tirado junto a la basura, como a un animalito muerto! ¡¡Mi pobre hijito!!

Y Beto se acercó a consolarlo y su mujer quiso hacerlo también, porque lloraba con los ojos abiertos y el cuello hinchado por la ira y el dolor, y se golpeaba brutalmente el pecho. Pero cuando ella lo tocó comenzó a darle cachetazos y a golpearse el pecho alternadamente, y Beto quiso detenerlo pero acabó recibiendo golpes y mordiscos y arañazos por todos los costados —su hermana había comenzado a defenderse— y fue tanto el alarido que Rambito llegó corriendo y se puso a ladrar y a correr por la cocina, y esto siguió hasta pasada la medianoche.

Mariano Cerrutti

Impreso en diciembre de 2007